PERIODICO PARA TODOS

Administración:
CH 1236 CARTIGNY/GE
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones
Suiza, 1 año . . Fr. 5.--
Otros países . . $ 3.--

El seguro éxito de los caminos divinos

Exposición del Mensajero del Eterno

LAS pruebas, sin excepción, son la participación de todos los seres que tienen la capacidad de desarrollar la espiritualidad. Incluso el Eterno, nuestro buen Padre celestial, por muy extraño que pueda parecer, está también puesto a prueba. Sin embargo, triando se conoce el plan divino y qué se examina a fondo, se da uno bien cuenta dé que también el Omnipotente está puesto a prueba en la realización de su programa.

Entre otras cosas, nuestro programa consiste en realizar en la tierra una maravillosa familia, en cuyo seno se manifiestan bendiciones inefables y continuas. Naturalmente; para eso es preciso que sea completamente disciplinada y que alcance la transparencia del carácter, es decir, al altruismo completo.

Este es el programa divino. A este programa; nuestro buen Padre celestial se somete él mismo de una manera completa y admirable. En colaboración con su Hijo, el unigénito del Padre, la creación de los seres humanos como seres libres y virtuosos, requirió un despliegue sublime de justicia, de sabiduría y de amor.

El Logos, el brazo del Eterno, creó cantidad de mundos y también la tierra. Luego creó al hombre, que es un ser completamente especial, capaz de desarrollar una espiritualidad muy elevada, si se conduce de manera a poder beneficiarse del espíritu de Dios.

El ser humano está hecho para la vida eterna; por eso necesita el espíritu de Dios. Pues la vida eterna sólo es posible por medio de tres circulaciones, y la más esencial es la del fluido vital, el espíritu de Dios.

Para que el hombre pueda lograr su destino, la verdadera felicidad, la vida, la juventud y la salud eternas, tiene él mismo que contribuir. Tiene que seguir libre y voluntariamente la ley divina, que es la ley del bien, la ley de la vida y de la circulación, es decir, la ley del altruismo.

En la línea de conducta seguida por el Omnipotente, no hay la más mínima parcela de egoísmo; todo es altruista de parte a parte. Por eso, todo lo que hace, todo lo que emprende y todo lo que emana de El es altruista.

El primer hombre, Adán, era un hijo de Dios, por el hecho de que su organismo es creado según los principios divinos y de que funcionaba altruistamente. Nosotros también somos de descendencia divina, por el hecho de que hemos heredado de Adán el mismo organismo, el cual funciona altruistamente.

Es nuestro organismo que da testimonio de que somos de origen divino. Pues es automáticamente que nuestro cuerpo sigue la ley de Dios, mientras que, actualmente, es nuestro espíritu que está bajo el poder de la sugestión demoniaca, que hace del hombre un ser egoísta y manchado.

Convenía que los descendientes de Adán formaran una familia divina viable. Pero era necesario primeramente que Adán, como primer hombre, fuese puesto a prueba del altruismo, para que reinara el altruismo completó en todos los sentidos y direcciones.

Naturalmente, Adán podía lograrlo o fallar; pero la prueba era absolutamente necesaria para llegar a formar seres humanos que llevasen él nombre del Eterno en su corazón; no era posible de otra forma. En efecto, mientras no ésta el carácter completa y absolutamente formado en el altruismo, puede producirse un desvió; Por eso, es indispensable la prueba para poder estabilizar un carácter.

En el universo entero y en la tierra surgen muchas dificultades. Si nos dejamos instruir por nuestro cuerpo mismo, vemos que, en él, así como en otras partes, hay las disposiciones requeridas para vencer las dificultades con notable facilidad. Así las impurezas de la sangre son eliminadas continua y completamente por la circulación de la sangre, al pasar por el hígado y por los riñones.

Volviendo a la prueba con que se enfrentó el Todopoderoso, provenía del hecho de que El, de propia voluntad, sabiendo lo que le costaría, quería formar una familia, una magnífica y sublime familia eterna.

Como lo sabemos, Dios tiene una familia espiritual, y quiere también formar una familia terrenal. Esta no es de esencia espiritual, pero, sin dejar de ser terrenal, puede desarrollar la espiritualidad divina. Es precisamente esta espiritualidad la que permite al hombre llegar a ser un hijo de Dios y formar parte de la familia divina.

Tenemos la ilustración de la primera pareja humana, Adán y Eva. También tenemos otra ilustración dada por el querubín protector, Lucifer, el hijo de la Aurora. Este último vio que los seres humanos habían recibido de Dios una facultad que él mismo no poseía.

Naturalmente, Lucifer tenía mucho más poder y capacidades que los seres humanos, pero quería todas las ventajas y todas las prerrogativas. A menudo sucede también así en medio de los seres humanos, e incluso entre nosotros. Así el egoísmo condujo a Lucifer por el camino fatal que le puso en completo desacuerdo con el Todopoderoso, su bienhechor.

Esa situación fue ya una prueba muy sentida por el Eterno, que había manifestado tan grande afecto y maravillosa confianza al hijo de la Aurora. Se convirtió así en el adversario de Dios, Satanás, y concibió la idea de hacer caer al hombre en la desobediencia. Para lograrlo se sirvió de Eva, su mujer, la cual se dejó engañar por la astucia de Lucifer.

De ahí podemos sacar una lección formidable. En efecto, si nos ejercitamos en ser agradecidos por todo lo que hemos recibido, no queda más lugar en nuestro corazón para el descontento. Pero si somos ingratos, la puerta queda abierta a todas las dificultades y a todos los déficits, y pueden penetrar el descontento, el desaliento, u otros, porque violamos la ley de las equivalencias.

El Eterno, el Creador de los cielos y la tierra, también Padre espiritual del hijo de la Aurora, lo creó igualmente por medio de su Hijo, la Palabra, el Verbo. Por tanto, como El es amor, representó una prueba muy grande cuando vio a una de sus criaturas separarse de lo que era para su propia felicidad.

Los seres humanos hacen también muy a menudo esta experiencia. Educan a los hijos que tienen, procuran para su bien en la medida de sus conocimientos y de sus posibilidades; los cuidan, hacen cuanto pueden a su favor, y luego ven que los hijos se alejan.

A veces es una madre que ha puesto todo su corazón para educar y mimar a su hijo; pero después de casado, la nuera no ama a su suegra; como incluso le tiene celos, trata de indisponer al hijo contra su madre. Estas son situaciones sumamente dolorosas para los seres humanos, las cuales se manifiestan más a menudo de lo que pensamos.

Pero estas son lecciones muy útiles. Cuando vamos a la buena fuente para ser consolados, finalmente lo somos tan profunda y seguramente que nadie en el mundo puede entristecernos. Aprendemos entonces a incorporarnos en la familia divina. Sólo esta última permanece, y puede procurarnos verdaderas alegrías que sean duraderas y que nos satisfagan.

En nuestra pobre tierra son raros los buenos momentos, pero profundos y frecuentes los disgustos. La muerte produce brechas que hacen sufrir horriblemente; es de veras la pobre humanidad doliente y moribunda que tiene necesidad de la revelación de los hijos de Dios. En efecto, el Eterno es amo de todas las situaciones, y suplió un rescate porque ama a la humanidad; quiere ayudarla, pero siempre conforme al programa divino, el único socorro verdadero y duradero.

Es indispensable, pues, respetar el maravilloso programa divino para que pueda germinar la curación en el corazón de los seres humanos. En efecto, el Eterno no quiere esclavos, sino sólo una familia de hijos. Por eso quiere que cada uno pueda, con toda libertad, escoger el bien y rechazar el mal.

El Todopoderoso ha tenido pruebas muy sensibles, sobre todo con la humanidad en general, a la cual ama profundamente. Es así sobre todo cuando acepta a un ser humano, que éste ha venido a El, le ha concedido su espíritu, ¡y que ha regocijado su corazón de Padre con sus buenas disposiciones; pero es una prueba muy sensible para el Eterno si lo ve luego alejarse y seguir al tentador, al homicida, al mentiroso desde el principio.

En efecto, es terrible preferir los atractivos engañosos del adversario a las cosas estables y duraderas de la Casa de Dios, e ir en el mundo a alquilarse como mercenario al gran adversario, que da a los seres humanos una vocación a su manera.

El Creador de los cielos y de la tierra, la Fuente de toda vida, el Autor de todas las gracias y de todas las bendiciones, es de una nobleza grandiosa hacia los seres humanos. ¿Acaso viene a reclamarnos un arrendamiento por el trozo de tierra en el cual vivimos? Tampoco es El quien nos hace pagar impuestos. Tiene paciencia hasta que la luz penetre en nuestro corazón y comprendamos un poco los caminos verdaderos.

Además, tenemos la ilustración dada por nuestro querido Salvador que también fue probado. ¡Cuánta amabilidad les manifestó a sus discípulos y qué magnífico testimonio les dio! ¡Cuánto bien desplegó durante su ministerio terrenal! En su mesa comieron una vez 5000 personas y otra vez 7000, y todas fueron abundantemente saciadas.

Todo el mundo venía a él para recibir una benevolencia de parte suya. Y nuestro querido Salvador vio cuán egoístas e ingratos eran esos pobres seres humanos; como aquellos que después de haber sido curados de la lepra, ni siquiera volvieron para darle las gracias. Es verdaderamente fenomenal. Pero es bueno darnos cuenta de que esa mentalidad diabólica la encontramos en el seno de la humanidad, e igualmente en medio de nosotros.

En efecto, muy a menudo, a causa de una pequeña prueba, nos olvidamos de todos los beneficios que el Eterno nos ha concedido. Nos enfadamos en vez de decirnos: "Vuelve a tu descanso, alma mía, porque el Eterno te ha hecho bien." Y cuando se nos recomienda algo, ¡cuántos peros, porqués y sis, en vez de agradecer la ayuda recibida! Decimos: "¡Oh, no puedo, mi estómago es especial, mi boca es particular!"

Con semejante mentalidad, nos acercamos mucho a los pensamientos de Esaú, que vendió su derecho de primogenitura por un plato de lentejas. Le arrojan fácilmente la piedra a causa de sus lentejas; pero él podría decirnos: "¡Y vosotros que no podéis dejar vuestras comodidades!"

Si queremos curarnos de una vez para siempre, conviene saber lo que queremos, y no tergiversar. Debemos seguir el régimen espiritual y el régimen material: uno no va sin el otro. Los que no desean privarse de ciertas cosas, que sin embargo les son muy perjudiciales, dirán: ¡eso es fanatismo!

En realidad, lo que es fanatismo es querer absolutamente seguir una línea de conducta y un modo de actuar que llevan seguramente al sepulcro; en vez de escuchar la voz que invita diciendo: "Escoge la vida, para que vivas, ¿por qué quieres morir?"

Todo eso nos hace ver que, si queremos alcanzar la meta, se trata verdaderamente de poner de nuestra parte valor, energía y buena voluntad; pues la lucha no consiste en atacar al prójimo, sino en atacar a nuestro viejo hombre que es mentiroso y astuto.

Si queremos realizar el programa divino, corramos directamente a la meta: sepamos estimar la gloriosa salvación que el Señor ha instituido, para la cual puso todo en la balanza.

¿Por qué vacilar, pues, en apartar las cosas que son impedimentos para alcanzar la felicidad y la vida que el Eterno ha preparado para nosotros? También se trata de examinar el pensamiento divino en todos los sentidos. Especialmente, debemos acostumbrarnos a preferir la familia de la fe a la familia según la carne. En este dominio también necesitamos ser consecuentes.

Naturalmente nos agradaría mucho ayudar a nuestra familia según la carne, pero solamente podemos lograrlo conformándonos a los principios divinos, ¿Cómo podemos salvar a un padre que se está muriendo, a una madre que desciende a la tumba? Solamente podemos conseguirlo con el programa divino, trabajando con ardor en la resurrección de todos los que están en los sepulcros. No hay otra cosa que pueda ayudar verdaderamente, sino sólo apresurar el Día de Dios.

Las pruebas son indispensables. Sólo ellas pueden madurarnos y procurarnos la estabilidad de carácter para formar parte definitivamente del Reino de Dios. Para esto, no hay que temer entrar en el corazón mismo de la dificultad. Es necesario un contacto estrecho con la familia de la fe.

De esta manera podremos lograr soportarnos, amarnos, renunciar unos a favor de otros; en breve, tallarnos hasta que los caracteres estén afinados y que la mentalidad divina pueda reflejarse en los corazones. Entonces la familia divina puede manifestarse en toda su belleza, su nobleza y su pureza.

Cuando estamos en un grupo, y que sólo nos encontramos con la familia de la fe en las reuniones, podría parecer que todo va a pedir de boca. Pero es sólo apariencia.

En efecto, si pusiéramos a todos esos queridos amigos en una estación, en un betel, o en medio de un grupo de evangelistas, sería muy diferente. Pues entonces no podemos engañarnos con falsos razonamientos; entramos de Heno en la lucha, porque el contacto es a cada momento, y conviene a menudo amar y soportar a nuestros hermanos y hermanas.

Si no damos los pasos, acabamos por salir a todo correr, porque el ardor del fuego se nos hace insoportable. El apóstol Pedro se dio bien cuenta de ello en su época; es por eso que dijo: "No os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciese." Cuando todo funciona bien, estamos lo mismo en el combate, pero nos sentimos a gusto, eso tan pronto como renunciamos a nosotros mismos.

De esta manera, si vemos venir a alguno como un bólido, que nos abruma de reproches, le recibimos con amabilidad, calma y benevolencia. Su malhumor no produce ningún efecto en nosotros, y nuestra actitud le tranquiliza.

Pero si el rostro irritado de nuestro prójimo marca en nosotros, y que perdemos nuestra calma, revela simplemente que esta es una prueba que no hemos logrado. Pero nos puede servir de instrucción para que la próxima vez procuremos obrar mejor.

Si no nos encontráramos nunca delante de semejantes eventualidades, ¿cómo podríamos reformar nuestro carácter, sería imposible. Hay pruebas de todas clases. Ellas son siempre filtradas por el Señor según nuestras capacidades y nuestras necesidades, lo que quiere decir que son siempre excelentes.

Cuando ya hemos pasado por ciertas pruebas de fondo, comprendemos mucho mejor las que vienen después. Entonces, al aumentar nuestra experiencia, estamos persuadidos de que todo concurre para bien de los que aman a Dios. Esto es admirable y sobre todo profundamente consolador.

Cuán agradable también es saber que el Eterno nunca se enoja con nosotros, permanece siempre amable, afectuoso, deseoso de ayudarnos, dejándonos al mismo tiempo toda la libertad. Cuando alguno no quiere hacer lo necesario, el Señor lo siente por él, pero no le obliga en nada. Siente simplemente que el pobre infeliz se apegue a una cosa pasajera, en lugar de inclinarse a la felicidad. Por tanto, vemos que las pruebas son de una utilidad primordial para nosotros. Por eso, si estamos bien convencidos de ello, no podremos estar abatidos cuando se presenten. Al contrario, nos regocijaremos de tener la ocasión de afirmarnos en los caminos divinos.

Un miembro del Ejército del Eterno que quiera verdaderamente llegar a la vida duradera amará desde luego las pruebas, porque éstas le muestran lo que debe superar y transformar en él. ¡Cuán sabio es el Eterno! Es demasiado noble y caritativo para enviarnos las pruebas, pero no las suprime cuando se presentan, porque desea que las solucionemos a la manera divina. Cuando lo conseguimos, es entonces la victoria completa.

Nuestro querido Salvador estuvo clavado en la cruz, frente a la prueba capital, pero realizó una victoria grandiosa; a pesar de que todo el mundo le había abandonado, y que incluso su Padre tuvo que dejarle un instante, porque de lo contrario no hubiera podido morir.

El Hijo de Dios murió en vencedor. Al tercer día Dios le resucitó y le dio un nombre que es sobre todo nombre. Así nuestro querido Salvador consiguió una victoria definitiva, no solamente a la gloria de Dios, sino también para procuramos una salvación eterna.

Está claro que para obtener la salvación es indispensable desarrollar una espiritualidad suficiente. Entonces el espíritu divino, por medio de la fe, puede procurarnos la certidumbre de la salvación. El espíritu de Dios puede así conducirnos a la transformación de nuestra mentalidad mediante las pruebas diarias, dando gloria al Omnipotente.

Preguntas para el cambio – del carácter –

1. ¿Sentimos una continua alegría por haber progresado en la espiritualidad divina?
2. ¿Hemos sido altruistas, podido vencer el mal con el bien y atraído al espíritu de Dios?
3. ¿Cuáles han sido nuestros progresos en la gratitud, la humildad, la bondad, la honradez, el renunciamiento feliz?
4. ¿Hemos podido amar siempre, evitar todo descontento, negligencia, impaciencia, ser un rayo de sol y de consuelo?
5. ¿Nos valemos de las pruebas para ser más pacientes, humildes, nobles y generosos?
6. ¿Cuáles han sido nuestras reacciones ante la contradicción, la resistencia, las caricias y las adulaciones del adversario?

Editor: "L'Ange de l'Eternel", Asociación Filantrópica. Redactor responsable: Ph. Miguet, CH 1236 CARTIGNY / Genève (Suisse). Periodico para Todos 15-10-2026 quincenal. Distribuidor responsable: María Victorina Apolonia Gómez Sánchez. Domicilio de la publicación y Distribuidor: Playa Guitarrón 433, Col. Militar Marte Delegación Iztacalco C. P. 08830, México, D. F. Asociación Filantrópica Mexicana "Los Amigos de la Humanidad" A. C. Tel. 55 55 79 38 94 Imprenta: Villière, 74160 Beaumont, France